

El erotismo, la poesía del amor

Rubén Olveira Araujo

Perdersse en bicicleta por las calles de París es simplemente una experiencia inolvidable. Sobre todo cuando de repente te encuentras con la Torre Eiffel, el Arco del Triunfo o Notre Dame, por ejemplo. Sitios de película que a golpe de pedalada pillan otro encanto. Y más cuando gracias al taller parisino *Cyclutile* nuestro carro ya no amaga con romperse ni chirría a cada metro.

París. La ciudad del amor. Y por qué no, también del erotismo. Al menos, esa fama tienen los franceses. Por ello, en esta ocasión nos hemos acercado al Museo del Erotismo, situado en el corazón de la noche de París: en el barrio de Pigalle, a escasos metros del Moulin Rouge.

Allí hemos tenido la ocasión de hablar con Diouf, responsable de la galería desde que se abrió en 1997 para mostrar permanentemente las colecciones privadas de Jo Khalifa, Alain Plumey y Alain Rose y que a día de hoy cuenta, además, con exposiciones temporales de jóvenes artistas.

Aunque nada más entrar, más que con Diouf con lo que nos hemos chocado es con la estatua de un mono con un pene gigantesco, tanto en largura como en grosor. Esta exageración de los genitales no es para nada un caso aislado –tal y como confirman otras obras de este museo–, ya que desde la prehistoria se ha tendido a agrandar en el arte estos atributos con diferentes fines.

Sin embargo, aunque como divertimento no está mal, no olvidemos que se trata precisamente de eso: de una exageración, no de la realidad. Es más, en términos relativos el pene humano resulta estar entre los más grandes de los falos mamíferos. Incluso en comparación con el resto de primates el pene humano es enorme –mientras que un gorila adulto presenta un pene erecto de 4-5 cm y el de un chimpancé mide 8-10 cm, el pene humano oscila en una horquilla entre los 10 y los 18 cm.

Pasado el umbral del museo la fiesta continúa. Entre ellas destacan la infinidad de figurillas mostrando relaciones eróticas en todas las posturas y fórmulas habidas y por haber. Los materiales: desde la madera al marfil pasando por la cerámica, el bronce o el bambú. Y la procedencia no es menos variada o exótica. Vietnam, Camboya, Indonesia, China, Japón o Togo son solo algunas de las regiones de origen de estas obras.

También nos ha llamado la atención un diablo en situación de transexualidad. Pese a tener genitales femeninos, el artista ha dejado claro mediante el resto de las características de esta estatua que se trataba de un demonio masculino. Lo cual nos da la

excusa perfecta para recordar que la identidad sexual –el sentirnos y ser hombres o mujeres- no está en los genitales, sino en el cerebro.

Más adelante el museo nos sigue impresionando. Entre otras cosas, vale la pena mencionar las fotografías en las que aparecen ancianos intimando y los dibujos en los que salen personas con diferentes discapacidades físicas manteniendo relaciones eróticas con otros cuerpos –con o sin hándicap-. Y tampoco nos olvidemos de los diferentes deseos a los que se hace referencia en las diferentes obras, desde los fetiches más inusitados hasta la zoorastia –deseo erótico hacia los animales- o la urolagnia –excitación ante la micción-.

En general, lo que realmente nos ha sorprendido es la gran diversidad que se muestra en este museo sobre la sexualidad y el erotismo. Incluso a nivel corporal. Nos hemos encontrado con cuerpos gordos, flacos, altos, bajos, con mamas puntiagudas algunas, otras con ellas caídas, diferentes formas de vulvas, etc. Y sin embargo, lo mencionado no es más que la punta del iceberg. “Llevo casi 20 años en este museo y cada día veo algo diferente y aprendo algo más”, asegura Diouf.

A modo de resumen, las colecciones permanentes versan sobre arte erótico popular, cultura precolombina, arte sagrado e historia de los burdeles del barrio. “Es más, este mismo edificio antes de acoger a nuestro museo fue un cabaret llamado *El placer*”, recuerda Diouf con nostalgia, mientras nos enseña las curiosidades de la galería. En lo que a las exposiciones temporales se refiere, estas varían cada 6 meses.

¿Y quién acude a este museo? Pues todo tipo de gente y de todas las edades, según Diouf, aunque destaca que suelen ser más mujeres que hombres. “Tienden a ser más abiertas de mente”. Eso sí: un denominador común es la palpable desconfianza que los visitantes en un primer momento. “Llegan con miedo, sin saber qué esperar y dudando si terminar de cruzar el umbral o dar media vuelta”.

Es en este momento cuando Diouf se pone en acción y con su cálida sonrisa les anima a entrar. Y afirma que aquellos que se terminan perdiendo en las exposiciones del museo luego le dan las gracias por ayudarles con ese pequeño empujón que necesitaban. “Eso es lo que me llena por dentro”.

En este aspecto, Diouf considera que más allá de resultar entretenidos este tipo de museos también cumplen una función didáctica. “Al ver cuán rico es el erotismo y la sexualidad se abre la mente”. Y no es el único que piensa así. Como ejemplo señala a los padres que, tras visitar ellos previamente el museo, vuelven con sus hijos para educarles y enseñarles “cosas que no ven fuera ni se aprenden en el colegio”. “Realmente es muy didáctico en muchos sentidos”, asegura Diouf.

Un culto a la vida, una revuelta contra la muerte. Así es como califican el erotismo Lucienne y Jesús Romé en su libro *Erotismo primitivo*. Tras 20 años mostrando la diversidad de la sexualidad a través del arte, Diouf es más romántico: “El erotismo es la poesía del amor”. Aunque los redactores de *Charlie Hebdo* no estaban del todo de

acuerdo. “Antes venían una vez al mes a discutir sobre el erotismo y la sexualidad y a este museo”, recuerda Diouf. Fuera como fuere, lo que tiene bien claro es que un tour por la ciudad del amor, el Museo del Erotismo no puede faltar.